

Introducción

El experto en teología tal vez considere que los pensamientos entregados en este libro no están suficientemente matizados y hasta son erróneos, que son una forma peligrosa de simplificación, que no dan cuenta cabal de la complejidad de las interrogantes teológicas. Pero lo que pasa, es que el especialista pone bajo el microscopio sólo las preguntas que se sitúan en el dominio delimitado por su competencia de tal. Sin embargo quien quiere dar una mayor visibilidad a las cosas, debe describirlas en una forma en que todos puedan verlas. Bajo el microscopio, uno puede distinguir claramente los puntos blancos de los puntos negros, pero el ojo desnudo solo ve un gris más claro o más oscuro. Para que una síntesis sea comprendida por el usuario normal o por el creyente medio, las cosas deben simplificarse sin que con ello sean falseadas. Lo que no es una tarea fácil por cierto.

Quizás nos tranquilice saber que el autor es alguien que desde hace casi medio siglo, incluyendo sus estudios de teología, se ha interesado por seguir de cerca los procesos que ha vivido la Iglesia católica romana y el pensamiento moderno. Que en los últimos 15 años ha escrito diversos artículos sobre el tema, en su lengua materna, el flamenco.

Hoy día, él siente la necesidad de hacer la síntesis de este largo período de lecturas, pensamientos, intercambios y publicaciones, persuadido como está de poder abrir las compuertas para que muchas personas accedan a una fe que pueda ser vivida en el siglo XXI en forma natural.

La dificultad está en el lenguaje

Este libro intenta expresar la fe única y eterna en Jesucristo y su Dios, en el lenguaje de la modernidad. La sociedad occidental

del futuro no va a seguir pensando como lo hacían los que la precedieron, así como el adulto tampoco habla ni piensa como lo hacía cuando era niño. Por eso, el ofrecimiento divino de la salvación, que llega al hombre a través de la Iglesia y su proclamación, exige que nos desprendamos de las representaciones y certidumbres en las que ella misma se sentía cómoda hace un tiempo, y también del lenguaje en que las ha entregado y anunciado fielmente. En virtud de la dinámica interna de una evolución que también es obra creadora de Dios, el bloque granítico de la modernidad se ha desprendido por sí mismo del macizo montañoso de la historia humana, golpeando con fuerza los pies de arcilla de la fe medieval de la Iglesia. Y a este monumento grandioso -la vieja Iglesia institucional de veinte siglos cuya cabeza dorada está en Roma- le aguarda un destino semejante al de la imponente estatua que vio el rey Nabucodonosor en su sueño. Las ideas desarrolladas en este libro explican el por qué de este destino inevitable.

En el fondo, se trata de un problema de lenguaje, sin que éste sea reducido a un sistema de palabras, sino por el contrario, ampliándolo de tal manera que abarque la totalidad de las formas expresivas de la Iglesia. Para el hombre occidental del tercer milenio, el lenguaje de la tradición cristiana se ha vuelto un idioma extraño, una lengua para iniciados, accesible sólo para esa porción cada vez más pequeña de la población que todavía se maneja con las representaciones del pasado. En la actualidad, esto lo vemos y oímos a cada rato, pero rara vez sacamos las consecuencias prácticas de esta verdad. La mayoría de las veces nos quedamos en análisis que derivan en previsiones poco gratas o bien en llamados a una nueva evangelización, como si ésta fuera una nueva oportunidad, pero conservamos el lenguaje del pasado, dejando de lado algo absolutamente necesario, como la traducción del mensaje cristiano a un lenguaje en el que el hombre y la mujer modernos puedan reconocerse a sí mismos.

El concilio Vaticano II sospechó lo peligroso que podía ser para la fe, el abismo progresivo que se iba produciendo entre el lenguaje de la predicación y el de la modernidad. Comprendió que en la liturgia no tenía sentido escuchar el mensaje de la fe en un idioma en que el 99% de la gente no entendía ni un ápice. El latín eclesiástico era tal vez el símbolo más claro de la distancia que existía entre la predicación y el hombre y la mujer modernos. Por eso, tratando de acercar la Iglesia a los tiempos, el concilio reemplazó el latín litúrgico por las lenguas vernáculas, como un inicio de la obertura de la gran sinfonía de la renovación. Pero, ¿qué utilidad puede tener el abandono de un símbolo, si la realidad simbolizada permanece intacta?. Los textos que se siguieron presentando a los fieles, ahora traducidos del latín a las

respectivas lenguas, continuaron siendo comprensibles sólo para los iniciados. Y la liturgia, por muy importante que ella sea, es sólo una parte de la vida eclesiástica.

La Iglesia necesita una reforma más radical, que toque todos sus dominios. Tanto en su mensaje como en la forma de presentarse, debe dar cuenta de la realidad moderna.

Eso es exactamente lo que este libro quiere ensayar. Intentará algo a lo que muy pocos se han atrevido, que es desempolvar nuestra doctrina de la fe del lenguaje y de las representaciones de la Edad Media, para formularla en el idioma actual. Esta formulación moderna de la fe única y eterna en Jesucristo y su Dios, se aparta hasta tal punto de la tradición, que necesariamente va a despertar la sospecha de ser heterodoxa. Pero no lo es de ninguna manera. El propio lector se convencerá de ello.

Más de alguno se extrañará de que en este libro no haya notas al pie de página. Sin embargo una idea no es más verdadera o plausible porque alguien la haya expresado anteriormente. Será el lector quien deberá juzgar por sí mismo, si lo que aquí le presentamos es o no razonable. En cuanto a la falta de bibliografía, ¿por qué tendría que explicar el autor, lo que él ha ido leyendo o elaborando a lo largo de tantos años? Muchas veces la elaboración se ha hecho de manera tan inconsciente que ni él mismo sabe quién le dio una idea o quién puso en él la semilla de una nueva manera de ver, que luego se puso a germinar. Es por eso que el autor prefiere agradecer aquí a todos aquéllos –estén vivos o muertos, conocidos o desaparecidos en la neblina del olvido– de cuyos pensamientos y sentimientos él ha sido heredero y nuevo intérprete.